



ALGUNAS CLAVES GEOPOLÍTICAS DE LA DEVOCIÓN Y EL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Manuel Oliver Moragues

Archivo Histórico de Palma de Mallorca, España

Recibido: 04/11/2016

Aceptado: 21/12/2016

RESUMEN

La fiesta de la Concepción Inmaculada de María llegó a ser una de las de mayor esplendor y fervor en el mundo católico hasta principios del siglo XX. En sus orígenes, durante la Alta Edad Media, se celebraba con el nombre de Concepción de santa Ana. A partir del siglo XII será María la titular del misterio de una concepción sin pecado original. La devoción siguió un itinerario que no es el que cabría esperar de sus orígenes orientales. Se expande desde el extremo occidental europeo y su apéndice insular británico y arraiga en España. Pero es en la Francia post-revolucionaria dónde se consagra el culto por el aval de varias mariofanías de amplia repercusión en la piedad católica. Diversos factores geográficos y políticos determinaron las circunstancias del largo recorrido de esta devoción, hasta su proclamación dogmática desde Roma en 1854.

PALABRAS CLAVE: Inmaculada Concepción; Ramón Lull; apariciones marianas; protestantismo.

SOME GEOPOLITICAL KEYS OF DEVOTION AND THE DOGMA OF THE IMMACULATE CONCEPTION

ABSTRACT

The feast of the Immaculate Conception of Mary became one of the most splendid and fervent in the Catholic world until the beginning of the 20th century. In its origins, during the High Middle Ages, it was celebrated with the name of Conception of Saint Anne. From the twelfth century, the Holy Mary will be the owner of the mystery of an original sinless conception. Devotion followed an itinerary that is not what one would expect from its eastern origins. It expands from the extreme western European and its British insular appendix, and roots in Spain. But it is in post-revolutionary France where

the cult is consecrated by the endorsement of several Marian apparitions of wide repercussion in the Catholic piety. Various geographical and political factors determined the circumstances of the long journey of this devotion to its dogmatic proclamation by Rome in 1854.

KEY WORDS: Immaculate Conception; Ramon Llull; marian apparitions; protestantism.

Manuel Oliver Moragues es Licenciado en Filología y en Historia. Investigador becario del Instituto Europeo de Florencia. Académico de la Real Academia Mallorquina de Estudios Históricos. Correo electrónico: olivermoragues@yahoo.es

ALGUNAS CLAVES GEOPOLÍTICAS DE LA DEVOCIÓN Y EL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

La materia, más allá de su simplicidad dogmática y pertinencia en el dominio de la fe, es compleja, porque implica, además de razonamientos religiosos, otros antropológicos, filosóficos y políticos. Se desarrolla entre dos mentalidades de lógica distinta: la razón académica y la fe del pueblo, las convicciones del creyente y los dogmas que no pueden dejar de ser razonados.

Un dogma en otro tiempo tan enraizado en el *sensum fidei*, y antes de que hubiera sentencia romana, ha llegado a ser uno de los más ignorados en la cultura religiosa residual de Occidente.¹ Es muy general, incluso en medios académicos, la confusión entre la doctrina de la concepción virginal de Jesús por María -la virginidad de María que no conoce hombre y que engendra un hijo- y la doctrina de la concepción sin mancha de pecado original, inmaculada de María, por medio de una relación sexual ordinaria. María es concebida por San Joaquín y Santa Ana, en acto sexual completo que debe imaginarse guiado naturalmente por el deseo carnal. De lo contrario habría que imaginar la relación entre San Joaquín y Santa Ana a su vez exenta de pecado original y así en toda su genealogía.

¿Dónde empieza la discusión y quién la empieza en el cristianismo medieval? La creencia más común supone que se trata de una “invención” hispánica, o si alargamos los límites peninsulares, una creación latina. Conviene tener en cuenta la genealogía de la materia para mejor comprender el sentido de este dogma y el desarrollo histórico de la devoción. A la devoción mariana tópicamente se la ubica en la España profunda, pintoresca, devota, pía y retardada: la tierra de María, el país de los centenares de santuarios marianos... Las gentes de la devoción idolátrica -dirían los protestantes- de la irracionalidad, de la religión pasional, emotiva o sentimental. En fin, marca hispana, rareza europea. Este cliché obviamente se prolonga sobre la América Latina, sobre todo a Méjico, por la gran mariofanía de Guadalupe.

¹ Baste citar la Fete de Lumières en Lyon (Francia), que se celebra desde el 8 de diciembre durante tres días y en la que ha desaparecido el sentido mariano.

Hay cierta contradicción entre esta pintura religiosa del mundo hispánico y el arquetipo del español caracterizado por la bravura, el donjuanismo, la belicosidad... ¿Cómo explicar esta figura española devota de una religión que entroniza lo femenino, este pueblo guerrero de rodillas ante una mujer? Dijo André Malraux: “No critiquen demasiado a la iglesia católica: haber hecho arrodillar a multitud de hombres ante una mujer coronada no está del todo mal” (1975). Hay que recordar que la espiritualidad de la Reconquista, como también la de las Cruzadas, tiene punto de apoyo principal en María, así como todo ideal caballeresco se sostiene en una mujer intangible. No en balde una de las fuentes del nacimiento literario de las lenguas modernas es el amor cortés, la forma imaginaria de la sexualidad medieval que diviniza la mujer. Y hay que tener también en cuenta que las grandes conversiones en Europa desde el paganismo recorren siempre una vía femenina. A este respecto baste remitir a dos autores que subrayan el papel de la mujer en la expansión del cristianismo. Si hablamos de la historia de Roma, Rodney Stark (1996) argumenta sobre la importancia de la mujer en la difusión del cristianismo y la conversión de los romanos, lo que explica por el estatus más favorable para la mujer en la nueva religión (en tanto, que viene a deslegitimar prácticas amparadas por el derecho que degradaban su posición, tales como la poligamia, el divorcio o el infanticidio, para cuyo ejercicio primaba la voluntad del *pater familias*). Si nos referimos a la Alta Edad Media, José Orlandis (1999) resalta el protagonismo de la mujer en la conversión de los pueblos bárbaros. Es el caso de Teodolinda en el reino longobardo; de Clotilde convirtiendo a Clodoveo, rey de los francos; de Berta, reina consorte de Kent, el primer reino evangelizado en Inglaterra; de Igunda que convence a Hermenegildo, rey de los visigodos; de Ana Porfirogéneta que convierte a Vladimiro de Kiev. Este papel de la mujer en la definición religiosa de los reinos de la Europa postromana seguramente nutrió la teología popular que entronizaba a María como reina de la humanidad.

Ciertamente la devoción a La Inmaculada es un historia muy hispánica en su desarrollo, en la promoción de la causa y en su fuerza, pero realmente se trata de una formulación teológica centrada en París en lo que concierne a su reflexión escolástica en la Edad Media. Pero tiene también marca francesa en su conclusión dogmática en el siglo XIX. Y es también una historia muy británica en sus inicios. En efecto, Inglaterra es la primera tierra de Occidente que tiene, desde el siglo XI, la solemnidad de la Concepción de María, que ya había aparecido en Oriente en el siglo VII. Y la primera aparición reveladora fue la vivida por el abad Ramsey, enviado por Guillermo el

Conquistador, a negociar la paz con el rey de Dinamarca. A su regreso, en medio de un temporal, un ángel le encomendó que se comprometiera a celebrar la Concepción de María el 8 de diciembre. La elección de la fecha del 8 de diciembre es de razón biológica. Desde el siglo VII en Occidente se festejaba el 8 de septiembre como el día del nacimiento de María. Y si se trata de solemnizar el inicio de la vida uterina hay que remontarse nueve meses. Con esta solemnidad se presuponía que la Virgen ya era santa al ser concebida, pues no se festeja lo que no es santo y sin pecado. La fiesta, gracias a las relaciones entre las abadías inglesas y normandas franqueó el canal de La Mancha y se implantó en el continente. Conviene recordar el título religioso que se dio al Reino de Inglaterra al menos desde el siglo XIII: *Our Lady's Dowry*, la dote de María. Así, los estudiantes del Real Colegio de los Ingleses de Valladolid, centro de resistencia inglesa contra la reforma anglicana a fines del siglo XVI, encargan una pintura de la Virgen con la divisa *Sub umbra alatum tuarum manebimus donec transeat iniquitas*, y con el título *Anglia Dos Mariae*.²

Al argumento del recorrido geográfico de la devoción a La Inmaculada hay que añadir el de quiénes animan la cuestión. ¿Es un producto de alta teología, una elaboración escolástica o bizantina, como se podría deducir de las sofisticadas formulaciones medievales y fuentes orientales, o por el contrario se trata de una convicción o una intuición del pueblo creyente y de transmisión apostólica? Este es un dilema ya presente en el siglo XII. Todo indica lo segundo. La genealogía popular del dogma parece indicarla Bernardo de Claraval. Como santo mariano, gran difusor del culto a María y teólogo poco intelectualista, se le podría presumir una adhesión entusiasta. Y sin embargo, San Bernardo apegado a una fe simple, manifestó sus reservas a la Concepción Inmaculada de María. No encontraba en este atributo la tradición ritual que consideraba necesaria para legitimarlo. Veía una tradición o una novedad, en la que faltaban las motivaciones eruditas y los documentos antiguos. Sus reticencias a esta “tradición piadosa” o “novedad ritual” son aparentemente contradictorias. Creo que simplemente nos dicen que la devoción al misterio de María sin pecado no había tenido en su época gran desarrollo erudito-teológico.

La argumentación de San Bernardo es que María es pura en su nacimiento, no en su concepción, como ya había dicho San Agustín, y luego dirían Santo Tomás o San Buenaventura. En el momento de la concepción, por el deseo carnal, el pecado original

² Entre los lugares del catolicismo inglés uno de los más tradicionales es el santuario de Willesden, dedicado a la Asunción de la Virgen, del siglo XII. La imagen fue destruida en 1535.

mancha inevitablemente a la criatura. Es *contra natura* imaginar una unión conyugal sin placer. Mas el pueblo creyente quería a María, sin merma, llena de gracias que impetrar, la supone omnipotencia suplicante y, atreviéndose más, la tiene por mediatrix y corredentora, poder que será motivo de escándalo para Lutero, aunque mariano fuera. En este sentido es una devoción y una causa más intuitivo-franciscana que intelectual-dominicana, y su formulación dogmática sigue a la práctica devocional, no la precede.

Roma, ante este dilema, mantendrá una actitud pasiva durante siglos, de expectación. Calla y espera. Esta disyuntiva entre juicio de teólogos y misterio de la fe se va a reproducir en otros términos sociales. El culto a la Virgen Inmaculada se enraíza fuertemente en la nobleza y las casas reales católicas, hasta convertirse en divisa aristocrática, lo que parece apoyar la interpretación del culto a la pureza de María como elaboración refinada y no simple vuelo popular. Pero también es cierto que el abanderamiento de La Inmaculada por la nobleza y los reyes fue un recurso de legitimación social y política ante el pueblo fiel, como se ve en el retrato de Felipe V de España mandado pintar en el Reino de Mallorca -último reducto del pretendiente austríaco Carlos a la sucesión de la corona española-, que más adelante se cita.

En el desarrollo histórico del culto a La Inmaculada ciertamente España ha jugado un papel especial. El Pilar de Zaragoza colocó a la península en la vanguardia de las mariofanías. La basílica fue erigida tras la aparición de la Virgen -todavía en vida terrena- al apóstol Santiago, en el año 40. Lo cierto es que se tuvo por el primer templo de la cristiandad dedicado a María. También en Francia surgiría otro santuario pionero como veremos.

Después de esta primera epifanía de María, la toponimia ibérica cede sus principales lugares a María: Covadonga, Almudena, Rocío, Monserrat, Guadalupe y así hasta un sinnúmero de lugares. La Reconquista en España se hace bajo el nombre de María, particularmente en el Reino de Aragón. En la tierra reconquistada la geografía hispana se llena de santuarios marianos a partir del descubrimiento de imágenes de la Virgen. Son las vírgenes encontradas, rescatadas de su escondite, salvaguardadas por los cristianos antiguos, que dan legitimidad a la Reconquista.

El caso del Reino de Mallorca, en el conjunto de los reinos hispánicos, presenta algunas particularidades. En las antípodas del cristianismo anglo-normando, donde se nutre la devoción a La Inmaculada, Mallorca se convertirá en uno de sus principales focos difusores. María está omnipresente desde la conquista del Reino de Mallorca en 1229. Referí la vía inglesa y normanda de transmisión de la devoción a La Inmaculada.

El franciscano Duns Scoto (1266-1308), escocés, el doctor mariano, profesor en Oxford y Cambridge, fue el gran sostenedor de la doctrina inmaculatista en la universidad de París hacia 1302. Su tesis, contraria a la purificación de María *in utero* o en el nacimiento, se resume en el principio “mejor prevenir que curar”. La defensa de La Inmaculada Concepción provocó la indignación de los dominicos y su expulsión de París en 1307. Seis años antes estaba en la universidad de París un seglar mallorquín que había abandonado mujer e hijos, a quien allí se dio título de maestro, exponiendo argumentos muy elaborados y próximos a los de Scoto: Ramón Llull (1232-1316). Difícil es sintetizar la figura de este magno filósofo-teólogo: el promotor de la enseñanza de la lengua árabe en las universidades, predicador en África, el cruzado paneuropeo que propone la fusión de órdenes militares para recuperar Tierra Santa, el aspirante a franciscano, mendicante de apoyos a los pies de papas y reyes para sus viajes misioneros, el racionalista y místico, el padre de la lengua y literatura catalanas, en fin, el convencido en la fuerza de la razón, martirizado en Túnez donde se empeñaba en entablar un debate religioso con los musulmanes. Conocemos bien su itinerante apostolado gracias a los cartujos de París que le acogieron algunos años y compilaron *ex auditu* su biografía. Ramón Llull defendió una solución atrevida al problema de la pureza de María. Todos convienen en que los nueve meses de Jesús antes del parto no pudieron transcurrir en el seno de un cuerpo corrompido por el pecado heredado de Adán. Se discutía entonces sobre el momento de la necesaria purificación de María para acoger al Verbo y nutrirlo sin riesgo de contaminación: ¿antes de la concepción virginal de Jesús, en el nacimiento de María, sobre María en su vida embrionaria? Ya avanzamos más arriba una de las soluciones más heterodoxas: el placer, base o efecto de toda copulación, no era en absoluto la vía de transmisión del pecado como se tendía a creer. La sexualidad completa no tenía porqué ser incompatible con una concepción pura de la generación.

Llull después de su muerte adquirió la categoría de padre espiritual del nuevo reino y fue venerado luego como beato. No estuvo libre de oposición porque será acusado de alquimista y herético en su doctrina, al atribuírsele textos espurios que circularon ampliamente por Europa. Pero en el entredicho a que le sometieron, sobre todo los dominicos, la cuestión de fondo era la de la concepción inmaculada de María. Las doctrinas de Llull dan lugar a la creación en Mallorca de una escuela que será la base de su futura universidad con el nombre de Iuliana y el título de pontificia en el

siglo XVII. La fundación material de esta protouniversidad de inspiración mariana fue iniciativa femenina, dos damas de la nobleza la dotaron económicamente.

Gracias a Scoto y a Llull, La Sorbona, después de oposición inicial a sus tesis, se convierte en su abogado y llega a ser, según expresión clásica, el “muro de bronce de la sentencia pía”.

Junto a Llull, en la promoción de la devoción mariana y de la pureza de María, se empeñó la dinastía real de Mallorca. El nuevo reino, como se ha dicho, nació invocando la protección de María. La Catedral se erigirá dedicada a María *Tota Pulchra*.³ Es probable que el compromiso de la casa real de Mallorca en la defensa de María sea producto de sus entronques con dinastías orientales, pues es en aquellas iglesias donde se ve tempranamente entronizar a María con el atributo de su pureza. El primer lugar latino donde se celebró La Inmaculada fue en la “griega” Nápoles. En España la vanguardia teológica, devocional y política de La Inmaculada se manifiesta en las tierras de lengua catalana de la Corona de Aragón. La fiesta se documenta en Barcelona en 1281, mientras que en Castilla hay que esperar cien años. Juan I de Aragón, en 1384, ordena la celebración de la fiesta en todos sus territorios y condena al exilio al inquisidor dominico acusador de Llull. Y en 1394 prohíbe toda oposición a la pureza de María en sus dominios. El rey Martín, su hermano, establece la pena de muerte para todos cuantos hablen contra la pureza de María si no salen de sus territorio en treinta días. En 1431 el parlamento de Barcelona pronuncia los votos de defensa del misterio. Las Cortes de Castilla lo harán en el siglo XVII, las generales de España en 1713 y en 1760. En 1617 el capítulo de la Catedral de Mallorca suplica al Papa la declaración dogmática y en 1643 el reino de Mallorca declara a La Inmaculada su patrona principal.

La carrera en defensa de La Inmaculada que se desencadena en la Corona de Aragón se extendió en seguida a toda la monarquía hispana. Todos se sienten llamados a su proclamación y rivalizan por ello: magistraturas locales, universidades, gremios, cofradías, particulares. Desde el siglo XVI se multiplican los juramentos votos de sangre en su defensa. Se habían adelantado las universidades de París y Colonia. En España la primera en hacerlos fue la universidad de Valencia (1530), después Granada, Alcalá y Salamanca (1618). En 1640 un Grande de España, el duque de Pastrana, crea la Real Esclavitud, una fórmula de devoción asociativa comprometida con La Purísima,

³ En 1601 se entroniza a La Inmaculada sobre el portal mayor, coronada con la divisa *Tota Pulchra amica mea et macula originalis non est in te*. A sus pies se lee la cita del “Libro de los Reyes” (I,10) *Non est factum tale opus in universis regnis*, lauro que la vanidad mallorquina ha creído comúnmente que iba dedicado a la catedral.

que será copiada en pequeña escala en todo los reinos de España y en todos los medios sociales. El patrón era el rey de España, y su propósito uno solo: el culto a María y la defensa pública y secreta del misterio de su concepción. Obviamente se trata de una defensa que toma fuerza ante el protestantismo. Pero también se bate en una guerra interna, porque los dominicos no renunciaban a la doctrina de la *purificatio in utero* de Santo Tomas. Siendo la orden de los predicadores la de los “intelectuales” de la Iglesia, frente a la espiritualista de los franciscanos, su criterio gozaba de cierta preferencia. Si consideramos que la Inquisición, en tanto que guardiana de la ortodoxia, se asociaba con la orden de los dominicos, puede deducirse la violencia verbal del combate, incluso física. En Mallorca esta confrontación tuvo en discordia civil a toda la sociedad durante el siglo XVIII. Con la llegada de los Borbones tras la Guerra de Sucesión Española (1700-1714), Mallorca fue el último territorio austracista. El vencedor Felipe V se hizo retratar genuflexo ante La Inmaculada Concepción para significar ante los mallorquines que no iba a violentar su fuero máspreciado.

En el barroco español el arte también se consagra a La Inmaculada: Ribera, Velázquez y especialmente Murillo, que hizo veinte cuadros de La Inmaculada. Es el autor que fijó el canon iconográfico. No en balde, en la historia de la piedad el siglo XVII ha recibido el nombre de “siglo de la Pureza”. Mientras que en Europa, desde el Concilio de Trento hasta el siglo XIX, la fiesta de La Inmaculada se enfría, España sostiene la causa, porque es la que mejor define la posición religiosa de los españoles frente a los protestantes. La devoción a la Virgen sin Pecado es del todo contraria a la doctrina de la gracia, la predestinación y la justificación de Lutero. Si Lutero rechaza que el hombre pueda por sus obras cooperar a su salvación, y que solo la gracia de la fe, don exclusivo de Dios, es operativa, más debe rechazar que María pueda ser mediatrix, abogada, madre dispuesta a mediar por el hombre ante su Hijo.

La Inmaculada como escudo antiprotestante quedó consagrada en el imaginario español en la Batalla de Empel de 1585, también conocida como el milagro de Empel. Los tercios españoles lograron desbaratar una flota de los Estados Generales de los Países Bajos, tras negarse a una rendición honrosa ante una derrota inevitable. En las labores de atrincheramiento para preparar la resistencia al asedio se encontró una tabla flamenca de La Inmaculada Concepción, que fue entronizada en el campamento. Un frío y extraño viento heló las aguas del Mosa, lo que permitió el contraataque a pie de los infantes españoles al mando de Francisco Arias de Bobadilla. Obviamente la victoria se atribuyó a La Inmaculada, que fue entonces proclamada patrona de los Tercios.

Actualmente lo es del Arma de Infantería del Ejército de Tierra de España. El milagro de Empel parece una respuesta a la *Beeldenstorm* o “tormenta de las estatuas” que se había desencadenado en el verano de 1566 en los Países Bajos, una furia iconoclasta que en décadas anteriores se había expandido por el centro de Europa. Y acaso aquella Inmaculada flamenca yacía guarecida desde aquella persecución, como había sucedido con las vírgenes españolas durante La Reconquista.

Si La Inmaculada fue estandarte contra el protestantismo, a la inversa puede decirse que la acusación de idolátrica a la devoción mariana fue una reacción anticatólica. Robert Graves (1948), en su ensayo sobre las primigenias culturas matriarcales europeas, sostiene que “la reacción puritana en Inglaterra fue una reacción contra el culto a la Virgen”, en cuya adoración veían resonancias paganas poco castas.⁴ Este mismo puritanismo es el que sembraron los colonos de la Nueva Inglaterra en EE.UU. Los prejuicios antihispanos y anticatólicos del imaginario norteamericano *wasp*, que identificaban el nacimiento de la nación con los peregrinos del Mayflower, comenzaron a declinar cuando EE.UU. emergía como potencia a costa de desposeer a España de Cuba, Filipinas y Puerto Rico en 1898. Seis años más tarde el magnate Archer Milton Huntington funda la *Hispanic Society of America* en Nueva York y al poco tiempo construye, junto al museo que había de albergar sus colecciones, la iglesia *Our Lady of Esperanza*, queriendo significar que una representación de la cultura hispánica estaría incompleta sin un templo dedicado a la devoción mariana que en gran parte la había inspirado.

Carlos III, a petición de la Cortes, proclama en 1761 a La Inmaculada patrona de España. Once años más tarde crea la Orden de Carlos III, la primera condecoración civil del Reino, en cuya cruz se representa a La Inmaculada y en cuya banda se lucen los colores de la Virgen, el azul y el blanco. Es durante el siglo enciclopedista cuando la devoción a La Inmaculada se reduce a marca hispánica. Los viajeros franceses del siglo XVIII se sorprendían de ardiente culto a la María y que fuera patrona del Reino y tantas instituciones. Beaumarchais, durante su estancia en España, se admiraba del hecho que cada español viera en la Virgen una amiga fiel y preocupada por su felicidad.

⁴ Graves (1948) sostiene que: “Aunque fieles a la doctrina mística del parto virginal de María, los puritanos consideraban a María como una persona completamente humana, cuya importancia religiosa terminaba en el parto, y anatematizaban todo ritual o doctrina religiosa tomada del paganismo más bien que del judaísmo. El desenfreno iconoclastico, la tristeza pecaminosa y la aflicción sabataria que trajo consigo el puritanismo disgustaban mucho a los católicos. Era para ellos una advertencia para que reforzasen en vez de debilitar el aspecto festivo de su culto, para que se atuviesen a la Virgen Santísima como la fuente principal de su felicidad religiosa.”

No es un fervor solitario de España en el Siglo de las Luces. Las dos asambleas generales de Córcega -1735 y 1761- también la declaran soberana de la isla. Sin embargo, pese a todos los esfuerzos de la corona española para elevar la creencia a dogma, Roma se mantiene pasiva. A fines del siglo XVIII todo el mundo se pregunta en España qué le falta al Papa para hacer la declaración dogmática.

Y sin embargo, fue en Francia, en el siglo siguiente, donde se produce la definitiva epifanía de La Inmaculada Concepción, tras la marea revolucionaria y napoleónica. Pero antes de entrar en el Siglo de María, de La Inmaculada de factura francesa, conviene detenerse en dos episodios que forman parte de la historia republicana de Francia: la independencia americana y la guerra de independencia española, principio y fin de la Francia revolucionaria.

La devoción mariana estuvo muy presente entre los primeros católicos de los Estados Unidos, gracias sobre todo a los misioneros jesuitas franceses, en el territorio al norte del río Misisipi hasta Canadá. El antiguo nombre cristiano del Misisipi fue el de Inmaculada Concepción desde 1673. Baltimore fue el primer foco del catolicismo de los EE.UU., mientras que en las colonias británicas del norte la práctica pública del catolicismo estaba prohibida. Durante la revolución americana el culto a La Inmaculada fue signo de libertad e independencia. El primer obispo de la América del Norte independiente es John Carroll, obispo de Baltimore en 1789, cuya diócesis sería elevada más tarde a arzobispado. La diócesis y la catedral fueron puestos bajo el patronazgo de la Asunción de María, y fue gracias a la influencia del pontificado de Carroll el que María Inmaculada fuera declarada patrona de Estados Unidos en el 1847. Dos años más tarde los obispos de EE.UU. piden al papa la declaración dogmática. Celebra EE.UU. el día de acción de gracias en noviembre, conmemorando la cena que en 1621 los colonos ingleses compartieron con nativos americanos en Plymouth. Mas la primera acción de gracias que se celebró en Norteamérica fue el 8 de setiembre de 1565, el día de la natividad de María, sobre el que se calculó el de su inmaculada concepción. El padre Francisco López, capellán de las naves comandadas por el explorador Pedro Menéndez de Avilés, celebró una eucaristía tras el desembarco en lo que hoy es la ciudad de san Agustín, que fue seguida de un banquete con los nativos de la tribu Timucua (GANNON, 1965).

La Guerra de Independencia (1808-1814) fue la primera gran guerra en la península ibérica contra un enemigo exterior, percibida no solo como defensa nacional, sino sobre todo como cruzada, y así fue arengada por muchos obispos. La piedad

popular fue aprovechada para enardecer a los civiles en la resistencia. Los sitios de Zaragoza convirtieron a la Virgen del Pilar en estandarte de la resistencia al grito de “La Virgen de Pilar/ dice que no quiere ser francesa”. La primera victoria popular frente a la armada de Napoleón fue el combate del Bruc (1808), victoria contra toda previsión en las inmediaciones de Monserrat, donde el tambor de un niño reverberando entre las montañas puso en retirada a los franceses. Fue atribuido a La Inmaculada. Gran ironía histórica fue que la más celebre pintura de La Inmaculada, la última pintada por Murillo (1678), fuera tomada por el Mariscal Soult -y por eso después llamada la Inmaculada de Soult-, morase en Francia y fuera adquirida por el Louvre en 1852. Terminó luego en el Museo del Prado gracias a las negociaciones de Franco con Petain en 1941.

También vemos aparecer a La Inmaculada Concepción como advocación de legitimación política durante la emancipación de Argentina de la corona española, en aquel momento prisionera de Francia (ROTJER, 1970). Durante las invasiones inglesas de 1801 y 1807, las milicias criollas movilizadas contra los británicos se anudaban al cuello la cintas conocidas como “medida de la Virgen de Lujan” (*i.e.* la altura de la imagen de Luján) en azul y blanco. Y en 1794, cuando se erigió el consulado de Buenos Aires, Belgrano, su secretario, había elegido a La Inmaculada como patrona y los colores blanco y azul como pabellón. Así los colores de la Virgen terminan por ser los de la bandera de la nueva nación.⁵

Francia. Siglo XIX

Tras la debacle religiosa de la Revolución y la caída de Napoleón, la devoción a La Inmaculada adquiere en Francia una dimensión milenarista y legitimista, marcada por apariciones milagrosas y proféticas. Con el jansenismo y su deriva galicana, el clero constitucional se había ferozmente opuesto a ciertas devociones marianas. Por otra parte, la Revolución había interrumpido el culto público en muchos lugares de peregrinación y desatado una nueva oleada de iconoclasia. Muchas imágenes desaparecieron o fueron quemadas (especialmente las Vírgenes Negras), otras fueron escondidas. Con la Restauración se va a reproducir en Francia lo que en España se había vivido durante La Reconquista y después durante las razzias berberiscas: el

⁵ Así Miguel de Unamuno, como diputado de la II República española pudo decir cuando se cambió la bandera: “Bandera monárquica podríais acaso llamar a la celeste y blanca de los Borbones de la casa española, cuyos colores son también los de la República Argentina y los de la Purísima Concepción.” Citado por: (SIERRA, 1962: 472)

redescubrimiento de imágenes ocultadas que inspira leyendas milagrosas. Las figuras de la Virgen que sobrevivieron a la Revolución salen de sus escondites y dan pie a nuevo legendario.

Resulta simbólica la suerte del pintor Dominique Ingres, instalado en Italia en el cénit de su carrera, mientras era criticado en Francia. Se había formado en el taller de David, el pintor de la Revolución y después de régimen napoleónico. La crítica francesa solo se reconcilia con él cuando presenta en el Salón de París el cuadro “El voto de Luis XIII”. No sólo era una exaltación de la monarquía sino sobre todo de la protección de la Virgen María sobre Francia. Luis XIII, en 1637, tras veintitrés años de matrimonio sin un hijo que asegurara la sucesión, se compromete a poner el reino bajo la protección de María. En el noveno mes de 1638 nace el delfín de Francia, futuro Luis XIV. El éxito de la pintura fue clamoroso y, gracias a él, Ingres fue nombrado Director de la Academia de Francia en Roma.

El 18 de julio de 1830 la Virgen se aparece a Catherine Labouré, novicia Hija de la Caridad. En la segunda aparición de noviembre de aquel año Catherine contempla a la Virgen circunscrita en letras de oro formando un óvalo que rezan: “Oh María sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a Vos”. La Virgen le pide que se haga acuñar una medalla según la visión, encargo que ejecutará su confesor, pese a sus reticencias iniciales y sin revelar su origen inicialmente. Esta fecha de 1830 tiene una significación especial en la historia de mariana de Lourdes, como explicamos más adelante. En 1832, el mismo año en que París se expande una epidemia de cólera, el arzobispo de París autoriza la medalla. En 1834 el santo cura de Ars -quien después recibirá la Cruz de la Legión de Honor- le consagra su parroquia y promueve la medalla. En 1846 el papa Gregorio XVI avala la aprobación de dicho arzobispo, tras la portentosa y sonora conversión del joven banquero judío Alfonso de Ratisbona (1812-1884), portador de una de aquellas medallas y que tuvo la gracia de la visión de la Virgen en ella representada. En torno a 1834 ya se habían acuñado unas quinientas mil medallas. En manos de grandes prelados y laicos adquiere resonancia inaudita: Frederic Ozanam, el intelectual fundador de las Conferencias de San Vicente Paul, John Newman el converso del anglicanismo, futuro cardenal, el mismo papa Gregorio XVI... Hacia 1876 se contabilizaban por millones. Y además la medalla parece preanunciar la epifanía mariana de Lourdes. Así sor Bernadette declaraba que La Señora de la gruta se le había aparecido tal como estaba representada en la medalla milagrosa, y que ella ya portaba.

En resumen, el culto mariano experimenta un nuevo empuje a partir de 1830. Y las peregrinaciones marianas se reaniman, sobre todo a partir de la epidemia de cólera de 1849. El nombre de María es dado a una de cada tres niñas en Francia. Un hecho crucial fue el descubrimiento en 1842 del manuscrito *Traité de la vrai dévotion a la Vierge* de Grignon de Monfort (1673-1716), bestia negra de jansenistas y del iluminismo del siglo XVIII. El manuscrito, de tono profético y escatológico, había sido escondido durante la Revolución, como había sucedido con imágenes religiosas. Lo había previsto el mismo autor al escribir en el tratado: “Preveo claramente que muchas bestias rugientes llegan furiosas a destrozarse con sus diabólicos dientes este humilde escrito y a aquel de quien el Espíritu Santo se ha servido para redactarlo, o sepultar, al menos, estas líneas en las tinieblas o en el silencio de un cofre a fin de que no sea publicado”.⁶ El manuscrito lo encontró el p. Rautureau entre los papeles de la Casa General de la Misioneros de la Compañía de María, fundada por Luis Grignon.⁷ Fue publicado en 1843 y se convirtió enseguida en un fenómeno editorial nunca visto, sucediéndose, por centenares, las ediciones. En 1853 Pío IX, un año antes de la proclamación del dogma de La Inmaculada, reconoce oficialmente la autenticidad del libro de san Luis Grignon y exalta su doctrina, entre las principales la de María vía Inmaculada de la Redención.

La segunda aparición del siglo francés de María es la de la montaña de la Salette, en los Alpes, a dos humildes pastores, en 1846. Es una Virgen lacrimosa que anuncia hambrunas y sufrimientos diversos. Fue célebre su anuncio de calamidad agrícola en ciernes: los racimos de uva se pudrirán. Es la filoxera. La aparición ya fue conocida en toda Francia al año siguiente a través de miles de folletos, en vísperas de la revolución de 1848. Las apariciones fueron aprobadas por el obispo de la diócesis en 1851, pero las disputas sobre su autenticidad y el contenido de los secretos confiados a los pastores se mantuvieron, a lo largo del todo el siglo XIX, afectadas por intereses espurios políticos (bonapartistas, realistas, republicanos).

⁶ *Tratado de la devoción...*, cap. III, 114

⁷ Las misiones de San Luis Grignon de Monfort tuvieron efectos de largo alcance. En La Vendée sembraron una piedad mariana -la consagración total a Jesús por María- que resultó decisiva en la resistencia de la región frente a la furia antirreligiosa de la Revolución ochenta años más tarde. Y ese mismo fervor se comunicó a España por medio de un sin número de emigrados y predispuso la resistencia española frente a las invasiones napoleónicas.

El dogma en el siglo de “la cuestión romana”

En España, al menos desde mediados del siglo XVII y hasta el reinado de Carlos III, se presumía que la sentencia pontificia sobre La Inmaculada no podía ser sino inminente. Entrado el siglo XIX España pierde mucha de su antigua fuerza ante una Roma también asediada por Napoleón. El pronunciamiento del papa sobre La Inmaculada tendrá otras motivaciones más urgentes que el simple fervor de la corona española y de los españoles.

Hay que considerar las circunstancias políticas de Roma y del Papa para comprender el pronunciamiento sobre La Inmaculada a mediados del siglo XIX. El 24 de noviembre de 1848 Pío IX debe huir de Roma y refugiarse en Gaeta. En Roma la revolución canta victoria. En la recién proclamada República Romana, su líder Giuseppe Mazzini, masón, declaraba abiertamente: “Comienza una época que no admite ya el cristianismo”. Es una lucha entre antropologías que no se manifiesta siempre abiertamente a todos: la deificación del intelecto humano y su capacidad para el progreso material y moral de la Historia, y la emancipación del hombre de toda sumisión a lo sobrenatural mediada por instituciones humanas como la Iglesia... frente a la llamada a la conciencia del pecado original, la necesaria redención del hombre por Jesús, de la que María, pese a su condición humana, es mediadora eficaz. Evidentemente la batalla políticamente no se presenta en estos términos. Pero se la puede documentar en la literatura y la filosofía de la época. Por ejemplo, cuando Baudelaire afirma: “La plus grande hérésie de notre temps est la négation du péché original”.⁸ Lo que permitirá decir a Claudel (1917): “Baudelaire a chanté la seule passion que le siècle XIX a pu expérimenter sincèremment: le remords”. O por ejemplo cuando, más tarde, Nietzsche juzgará la misericordia, el perdón, la penitencia o la expiación reparadora, como enemigos de la realización heroica del hombre.

Y mientras, el Papa exiliado observaba con mucha inquietud y decepción ante los procesos revolucionarios, que antes le habían seducido, la situación desde la fortaleza de Gaeta, en el Reino de las Dos Sicilias. Allí, según tradición oral el papa tuvo ocasión de rezar ante la imagen de La Inmaculada de Scipione Pulzone, conservada en la Annunziata.⁹ Y allí el cardenal Lambruschini le advierte: “Santo Padre, Vuestra

⁸ Baudelaire, Charles: *Le Peintre de la vie moderne*, XI, “Éloge du maquillage”, en *Le Figaro*, noviembre-diciembre, 1863

⁹ Según el historiador Francesco Guglietta, en artículo de *L'Osservatore Romano*, de febrero de 2008.

Santidad no curará de nuevo el mundo si no es declarando La Inmaculada Concepción como dogma de fe. Esta definición doctrinal restablecerá el sentido de las verdades cristianas y apartará los espíritus de las desviaciones naturalistas en las que se han encaminado”.¹⁰

El 12 de febrero de 1848 se dirige a todos los obispos del mundo pidiéndoles su opinión sobre la oportunidad del dogma. Respondieron casi todos. Sólo algunos pocos lo juzgaron inoportuno: algunos alemanes -por no provocar a los protestantes- o el primado de Bélgica -que teme soliviantar a medios del catolicismo liberal-.

En 1850 Pío IX regresa a Roma. En toda Europa parecen amainar las revueltas e insurrecciones. El Papa lo atribuye a la Señora que había invocado en Gaeta. Se convence de que el dogma de La Inmaculada es el remedio que Dios le provee para aquellos tiempos turbulentos. En 1854 se proclama el dogma. Y, en efecto, La Inmaculada Concepción se convierte en refugio de la piedad católica en tiempos de tribulación revolucionaria, haciéndola escudo en los portales de las casas con su estampa.

Lourdes

Si el cuadro de Ingres con Luis XIII, poniendo la corona y el cetro de Francia a los pies de la Virgen, contradice la extrañeza de Beaumarchais ante la entronización de María en España, también puede decirse de Lourdes que no es un lugar mariano de nueva invención. Según leyenda tardía del siglo XIII, Lourdes toma nombre del nombre de bautismo -Lordus- adoptado por el caudillo moro -Mirat-, que no admitió rendirse ante Carlomagno -regresando de su campaña en la península ibérica contra los musulmanes- y juró que no iba a hacerlo ante ningún hombre. El arzobispo de Le Puy se ofreció a Carlomagno para doblegar a Mirat. Le dijo a éste que, puesto que rechazaba rendirse ante un señor tan grande, que no se negase a hacerlo ante una Grande Señora, Notre Dame de Puy. Finalmente Mirat se rinde y se convierte tomando el nombre de Lordus, de quien tomaría nombre el lugar conocido como Mirambel. Los sarracenos se entregaron llevando flores tomadas de las faldas del castillo de Lourdes. La leyenda quedó fijada en el escudo de la ciudad, en el que un águila con un pez en su pico

¹⁰ Así lo cuenta el historiador francés Louis Baunard (1903:2003).

sobrevuela la fortaleza.¹¹ Para festejar la conversión Mirat habría peregrinado a Le Puy con ofrenda de flores a la Virgen. Esta peregrinación se convertiría en tradicional entre las jóvenes de Lourdes. Hasta aquí la leyenda. Pero, a partir de 1062, documentos ciertos prueban que los condes del lugar donaron a la Señora de Le Puy no sólo Lourdes, sino la región entera, La Bigorre, comprometiéndose al pago de un tributo anual al capítulo del gran santuario de Le Puy. En 1926 el abogado de Bordeaux Eugène Bréjon, aplicó su técnica forense al derecho feudal y publicó un estudio sobre los vínculos entre la fortaleza de Lourdes -de inmemorial llamado “feudo de María- con el santuario de Le Puy en Velay, un de los lugares de peregrinación mariana más importantes de Francia, donde la tradición cuenta que allí se apareció la Virgen 47 años después de la muerte de Jesús, y donde también manaba un agua curativa. En los años en que el 25 de marzo coincidía la fiesta de la Anunciación con el Viernes Santo, la obtención de indulgencia plenaria que se le había concedido al Santuario atraía multitud de peregrinos.

Bréjon (1926) se extrañaba de que hubiera caído en el olvido este importante capítulo de la historia de Lourdes. Cuando el territorio de Lourdes pasó a manos de los reyes de Francia éstos renovaron el compromiso y lo respetaron, hasta que la Revolución devastó Le Puy y quemó en la plaza la venerada imagen de la Virgen. Durante siglos, un día al año, en el castillo de Lourdes se arriaba la bandera real para izar el estandarte mariano y así confirmar que era feudo y dominio de la Virgen venerada en Le Puy. Durante la Restauración, los Borbones reabrieron el santuario y le reconocieron sus derechos y obligaciones sobre la ciudad pirenaica. En 1829, por última vez, una delegación de fieles partía de Lourdes y, en señal de vasallaje, llevaba al altar de Le Puy, según costumbre centenaria, las flores recogidas ante el castillo. En 1830 Luis Felipe de Orleans, el rey liberal, último de Francia -en cuya galería de pinturas recaló La Inmaculada de Murillo- abolió entre otros este privilegio concedido a la iglesia de Francia. El estado rompía el vínculo entre Le Puy y Lourdes, que legendariamente existía desde Carlomagno y ciertamente desde 1062. En aquel mismo año La Inmaculada reaparecía en la rue du Bac de París.

Según Bréjon los derechos feudales prescribían a los treinta años de incumplimiento de las obligaciones de vasallaje. Por tanto, tras el incumplimiento desde

¹¹ Mirat, ante Carlomagno, habría presumido de estar bien provisionado de peces con que resistir largo asedio. Bréjon hace una lectura teológica del escudo de Lourdes. El escudo de Le Puy en Velay es un águila, y se hace presente sobre el castillo de Mirambel o Lourdes con un pez en la boca, el símbolo de Jesús, representando la conversión de la ciudad por obra del obispo de Le Puy en Velay.

1830, expiraban en 1859. Justo el año anterior, en 1858 se produjeron las apariciones a Bernadette Soubirous en la cueva Massabielle, junto a los prados que contornean el castillo, con lo que de algún modo se interrumpía la prescripción de aquella señoría.¹² Las visiones de Bernadette y los mensajes que recibe pueden reducirse a una simple confirmación o efecto del dogma proclamado cuatro años antes, especialmente por lo que respecta a las palabras de la Virgen en su decimosexta aparición, el día 25 de marzo de 1858 (Fiesta de la Anunciación de María). A requerimientos del p. Peyramal, párroco de Lourdes, Bernadette pide a La Señora que diga su nombre, a lo que responde “Yo soy La Inmaculada Concepción”. La respuesta resultó desconcertante para el párroco, que bien podría entender que hubiera dicho “Yo soy la Concebida Inmaculada”, y en tal caso Bernadette no se habría sino echo eco de la sentencia dogmática de Pío IX de unos años antes, o de lo que podía leer en su medalla de La Milagrosa (María, “concebida sin pecado”). Pero esa desconcertante respuesta fue la que removió las reticencias del párroco ante la vidente. Quien más atrevidamente quiso interpretar teológicamente esta autonominación de la Virgen sobre un concepto abstracto fue Maximiliano Kolbe (1975:690), en vísperas de su arresto por la Gestapo en 1941. Efectivamente la Virgen declaraba que era La Inmaculada Concepción misma y con este nombre aludía al Espíritu Santo, su esposo. La Inmaculada encarnaría en este sentido la Tercera Persona de la Trinidad.

Consideraciones teológicas aparte y de rearme de la piedad, las motivaciones también políticas de la declaración del dogma de La Inmaculada, se hacen más evidentes con la proclamación del dogma de la infalibilidad papal tras el Concilio Vaticano I (1869). El concilio es precedido de la encíclica *Quanta Cura* que contiene el *Syllabus* y las ochenta proposiciones condenatorias de todas las desviaciones modernistas del momento: liberalismo, naturalismo, panteísmo, socialismo, racionalismo, indiferentismo, biblismo... Esta reafirmación de la autoridad y el magisterio pontificio del Papa -que en tiempos de su elección era el más improbable de los candidatos por su perfil liberal, pero que ahora ve asediado su poder temporal- fue inspirada por el precedente dogma sobre María.

En España, y particularmente en Mallorca, que había siempre presumido de ser la abanderada del immaculatismo gracias a Raimundo Lulio, tras las apariciones de

¹² Del estudio de Bréjon se hizo eco el escritor Vittorio Messori (2005) en el capítulo 13, “La Signora dei Pirenei”, de su ensayo *Ipotesi su Maria*. El estudio de Bréjon ha sido recientemente reeditado y traducido al italiano por Paolo Matta y Maurizio Lodo (2016).

Lourdes se extendió la moda de erigir pequeñas grutas de rocalla con las figuras de La Virgen y Bernadette en los jardines particulares. Era ya inveterada la costumbre al entrar en una casa saludar con la expresión: -“Ave María Purísima”; para recibir por respuesta: -“Sin pecado concebida”. Estas muestras devocionales no estaban exentas de connotaciones políticas. Y así, en la revolución de 1868 que destrona a Isabel II, entre la propaganda revolucionaria circularon algunos folletos que cuestionaban la pureza de María. Y en 1931, al proclamarse la Segunda República en España, la estatua monumental de Ramon Llull, el paladín de La Inmaculada, que presidía una de las nuevas avenidas de la ciudad de Palma, apareció decapitada.

Epílogo

Adentrarse historiográficamente en el siglo XX con la clave interpretativa de los antecedentes de La Inmaculada Concepción en el siglo XIX es inevitable. Es lícito hacerlo en el plano puramente histórico, aunque tenga connotaciones de teología histórica. En la historia de la piedad y de la religiosidad el siglo XX habrá que estudiar la sucesión de mariofanías. Superan con creces todas las de siglos anteriores, sobre todo en locuciones, pues las epifanías medievales no dan interlocución al vidente ni dejan mensaje. Esto es particularidad contemporánea, como la disparidad de lugares (Fátima, Amsterdam, Kibeho en Rwanda, El Cairo, Akita en Japón...)

No cabe pensar que ningún siglo sea completamente diferente al anterior. El XX ha tendido a creer que sí lo era. Sospechando de su pasado ha reproducido todas las herejías, en grado revolucionario, de los primeros siglos de nuestra era. El siglo XX tuvo su correlato del dogma de La Inmaculada. En 1950 se proclamó el cuarto dogma mariano, el de La Asunción, ineludible consecuencia: si María no conoció la corrupción del pecado su cuerpo no pudo pasar por la corrupción de la carne. Y los cuatro dogmas marianos tendrán su corolario en uno quinto en el siglo XXI, como anunció la Virgen en las apariciones de Amsterdam (1945-1959).

El pasado siglo, el más descreído de los documentos antiguos, cuestionando su sentido, el que ha dudado por principio y se ha reivindicado como desvinculado de todo yugo anterior, deberá someterse al juicio de sus nuevos hijos. El jalonamiento de ironías y señales marianas a lo largo del siglo XX -van desde Fátima, pasan por la constitución de la Unión Europea, señalan a Roma y a Rusia- será una de las grandes materias de la investigación histórica en el siglo XXI.

Lo que asoma de nuevo en la Historia es un protagonismo candente de la mujer como sujeto y la necesidad de una nueva emancipación tras su asimilación a la masculinidad. Jacques Le Goff (CORRADINI, 2005) lo supo identificar en la Edad Media, cuando interpelado sobre la misoginia dominante en aquella época respondió: “Eso dicen... Yo sostengo sin embargo que se trató de una época de promoción de la mujer. Un ejemplo bastaría: el culto a la Virgen María. ¿Qué es lo que el cristianismo medieval inventó, entre otras cosas? La Santísima Trinidad, que, como los tres mosqueteros, eran, en realidad cuatro: Dios, Jesús, el Espíritu Santo y María. Convengamos en que no se puede pedir mucho más a una religión que fue capaz de dar estatus divino a una mujer”.

Bibliografía

- BAUNARD, L. (1903). *Une siècle de l'Église de France*. París: Librairie Ch. Poussielgue.
- BRÉJON, E. (1926). *Notre Dame de Lourdes avant les Apparitions de 1858*. Avignon: Aubanel.
- CLAUDEL, P. (1917). *Le Cinquantenaire de Charles Baudelaire*. Paris: Maison du Livre.
- CORRADINI, L. (12 de Octubre de 2005). “Seguimos viviendo en la Edad Media”, dice Jacques Le Goff. *La Nación*, págs. 1-9.
- GANNON, M. (1965). *The Cross in the Sand: the early Catholic Church in Florida. 1513-1870*. Gainesville: University of Florida Press.
- GRAVES, R. (1948). *The white Goddess: a Historical Grammar of Poetic Myth*. London: Faber and Faber.
- KOLBE, M. (1975). *Gli scritti di Massimiliano Kolbe eroe di Oswiecim e beato della Chiesa*. Florencia: Citta di Vita.
- MALRAUX, A. (17 de Marzo de 1975). L'Eglise est-elle misogyne ? *Le point*.
- MATTA, P., & LODO, M. (2016). *Nostra Signora di Lourdes prima delle apparizioni del 1858*. Cagliari: Centro Studi Stampace "Andrea Devoto".
- MESSORI, V. (2005). *Ipotesi su Maria: fatti, indizi, enigma*. Roma: Ares.
- ORLANDIS ROVIRA, J. (1999). Consideraciones en torno a la conversión al cristianismo en la Antigüedad tardía. *Cuadernos de Historia del Derecho*. Nº 6, 233-246.
- ROTJER, A. A. (1970). *El General Manuel Belgrano: en el bicentenario de su nacimiento y sesquicentenario de su muerte 1970*. Buenos Aires: Don Bosco.
- SIERRA, V. (1962). *Historia de Argentina*. T. III. Buenos Aires: Editorial Científica Argentina.
- STARK, R. (1996). *The rise of Christianity. A Sociologist Reconsiders History*. Princeton: Princeton University Press.